



Editorial

Anotaciones sobre la imagen y la imaginación

Juan David Cárdenas*

Editor revista {Común-A}

Se dice que hoy más que nunca estamos conectados; que hoy, como jamás, nos relacionamos con nuestros congéneres y con la realidad a través de la mirada por medio de imágenes del mundo. Estas nos permiten conocer en tiempo real los usos del vestuario en Beirut o nos facilitan datos sobre el estado climático de la tarde berlinesa en la que el muro cayó. Repiten los ministros de comunicaciones y nuevas tecnologías que nunca estuvimos tan cerca del *otro*; que nunca fue todo tan presto para reconocer con respeto y hasta admiración los usos alimenticios de la India o las prácticas sexuales de ciertas comunidades del Tíbet. Se dice en los noticieros que en el capitalismo tardío —este de la circulación de las imágenes digitales— el mundo global es multicultural en cuanto dispuesto al contacto abierto de unos con otros. En la era de las pantallas individualizadas y de la conexión generalizada, los padres le repiten a sus hijos que habitamos en la aldea global producto de la hermandad que facilita la interconexión. El entusiasmo es generalizado y

* Ph.D. en Philosophy, Art and Critical Thought (PACT), en European Graduate School (EGS), Suiza. Docente en la Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia y de la Maestría en Creación Audiovisual de la Pontificia Universidad Javeriana. Director del grupo de investigación Pensamiento Artístico y Comunicación (PAC) de la Corporación Universitaria Unitec y Editor de la revista {Común-A}.

con él ciertas advertencias se escuchan: hay que cuidar nuestros datos, nos dice la policía de asuntos digitales; no descuides a tus hijos en las redes sociales, nos recuerda el anuncio social antes del inicio del noticiero; Mark Zuckerberg protege la cámara y el micrófono de su computadora portátil para prevenir cualquier violación espía a su privacidad, dicen los más paranoicos tras ver un documental de la *Deutsche Welle*. En general, se vive un ambiente de entusiasmo multicultural y de vigilancia ante los usos desviados que se puedan hacer de las plataformas digitales. Vivimos con entusiasmo la sobreabundancia de imágenes que merodean por ahí, pero a la vez escrutamos con dedicación a quienes amenazan con desviar su notable y buen poder.

Este entusiasmo vigilante convive con una extraña preferencia —entre otras tantas— que resulta llamativa en un mundo que se auto-diagnostica con el paroxismo del periodista de momento. Preferencia sintomática de la contracara que convive con el esplendor. Me refiero al triunfo actual de las narrativas apocalípticas y posapocalípticas que se muestra arrollador. Se trata de series televisivas, videojuegos, películas y novelas que convocan a millones de espectadores. Narrativas que suponen el advenimiento del fin del mundo, del fin de los tiempos o, como querría

Fukuyama, del fin de la historia (1988). Encanto que esconde el derrotismo político en que nos encontramos. Embeleso que contiene la celebración estética del agotamiento de toda imaginación política que haga pensable otro mundo posible.

La fascinación actual con el final de los tiempos no expresa más que nuestro deleite estético ante el anuncio de nuestra propia destrucción a manos de un sistema social que hace imposible una alternativa distinta a la de la catástrofe total (como nuestra conectividad). Contrapuesto al entusiasmo tecnocrático nos asalta un mundo espectacularizado, plagado de seductoras imágenes de horror apocalíptico que nos hacen celebrar el agotamiento de nuestra imaginación política. Estas imágenes son valiosas, no tanto por lo que vaticinan (la destrucción total), sino más bien por lo que diagnostican del presente: nuestra incapacidad de movilización, nuestra complacencia pasiva ante el estado de cosas y, sobre todo, el agotamiento de nuestras fuerzas para concebir otros mundos sociales y políticos. El triunfo de la retórica global del apocalipsis signa en clave estética la debacle de lo político, esa pulsión que moviliza la historia haciendo posible sus saltos, sus *otros mundos*. En la era del triunfo global de la industria cultural, hemos sido expropiados de

nuestra propia capacidad para imaginar, para hacernos imágenes de humanidad, imágenes con imaginación. A cambio de ello, fetichizamos el desarrollo de una gran máquina de administración del deseo a través de la imagen de nuestro propio desvanecimiento. La política se ha estetizado —como ya lo vaticinaba Walter Benjamin— en la medida que en nuestro goce estético se juega nuestra renuncia política y la celebración ornamental de tal dimisión.

Ahora bien, esta resignación gozosa trae consigo el empobrecimiento de nuestra propia capacidad de ser afectados por el mundo. En la era de la estetización generalizada de las mercancías embellecidas como imágenes, nuestra capacidad para conmovernos por el mundo y su capacidad para asaltarnos tienden a su grado cero. En la era de la sobreproducción y consumo excesivo de imágenes, el mundo mismo se contrae ante nuestros ojos. Cuando todo puede ser visto en el triunfo de la transparencia de la exhibición, nada parece retener nuestra atención. De ahí que surja la urgencia de llevar nuestra experiencia al límite. Habitamos en la era del paracaidismo y del turismo extremo, de los deportes límite y de la pansexualidad. Nuestra pobreza imaginativa y política se ha traducido en una ansiedad por la novedad, lo exótico y lo

limítrofe. El cansancio y la novedad son contrararas necesarias al modo en que lo son el entusiasmo y el apocalipsis.

Una pobreza del todo nueva ha caído sobre el hombre en virtud del enorme desarrollo de la técnica. Y el reverso de esa pobreza es la sofocante riqueza de ideas que se han difundido entre la gente —hasta ahogarla— con el resurgir de la astrología y la sabiduría yoga, del cientificismo cristiano y la quiromancia, del vegetarianismo y la gnosis, de la escolástica y el espiritismo. Además, no es un resurgir auténtico, sino una galvanización (Benjamin, 2018, p. 13).

Las tradiciones milenarias y las novedosas prácticas del presente se entremezclan a la carta bajo nuestra mirada hipnotizada, la cual aplaude expectante por nuevas combinaciones indoloras. Esta celebración ansiosa de las mercancías extremas, exóticas y novedosas colinda de manera inadvertida con la tolerancia ética que acerca las lejanías culturales en un magma multicultural, en el que las diferencias circulan despoltizadas como las muestras gratis lo hacen en el supermercado o las opiniones lo hacen en los medios. Este multiculturalismo de las formas

de vida encarnado en la variopinta oferta de las mercancías supone, así, la disolución de las diferencias, la pérdida de la alteridad y, en consecuencia, el debilitamiento del pugilato que está en la base de la actividad política. La celebración estética del apocalipsis dialoga con la glorificación de nuestro mundo multiculturalmente despolitizado.

¿Y si la forma habitual en que se manifiesta la tolerancia multicultural no fuese, en última instancia, tan inocente como se nos quiere hacer creer, por cuanto, tácitamente, acepta la despolitización de la economía? Esta forma hegemónica del multiculturalismo se basa en la tesis de que vivimos en un mundo post-ideológico, en el que habríamos superado esos viejos conflictos entre izquierda y derecha, que tantos problemas causaron, y en el que las batallas más importantes serían aquellas que se libran por conseguir el reconocimiento de los diversos estilos de vida. Pero, ¿y si este multiculturalismo despolitizado fuese precisamente la ideología del actual capitalismo global (Žižek, 2018, p. 11).

Lo nuevo y lo viejo conviven como se toleran el hombre blanco europeo y el marroquí inmigrante (ilegal en muchos casos). La paz de su convivencia tolerante supone el acallamiento violento de sus diferencias estructurales y la invisibilización estratégica de sus jerarquías. El sistema de producción y consumo tolera a sus nuevos visitantes con miras a su inclusión, es decir, hasta su inserción como agentes económicos dentro del sistema universal de las mercancías. La inclusión se realiza en su universalidad. De este modo, ella supone la dócil subordinación del incluido al sistema global que buenamente lo acoge. De ahí que se trate de incluir al *otro* en términos de igualdad salarial, de capacidad adquisitiva o de cubrimiento sanitario. Es decir, su inclusión es, en última instancia, su inclusión al capital y a todo su sistema de valores; entonces, más bien es incorporación.

Esta práctica generalizada ha conducido, en su manifestación más triunfal e intrusiva, al régimen despótico de la *corrección política*. Esta no es otra cosa que la consumación del horror a todo antagonismo y, en consecuencia, consiste en la realización del fin de la política, de su debilitamiento extremo por la vía de la despolitización voluntaria y concertada. La corrección política realiza la promesa edénica de la neutralización de todo trauma

—igual que lo hace cada mercancía—, al precio de suprimir la contienda política que es traumática por principio. Así, nuestro agotamiento estético y político nos ha conducido a la era de la despolitización generalizada y a la celebración estética del debilitamiento de nuestras diferencias. La sociedad del espectáculo en la era de la corrección política se siente hoy a sus anchas.

Es importante recordar entonces que la sustancia de lo político se encuentra en la imaginación; esa facultad humana que, partiendo del disenso, se propone —de manera fantástica o realista— concebir otros mundos posibles, otras humanidades. Y es igualmente perentorio tener en cuenta que *imaginación viene de imagen*.

Alimentando la reflexión crítica en torno a la imagen, la imaginación y las políticas de lo estético, la revista {Común-A} se complace en presentar a sus lectores un nuevo número plagado de consideraciones afines. Este número cuenta con un aporte notable y múltiple en torno a la discusión sobre la capacidad de acción de la imagen sobre los mundos sociales e históricos determinados, en los que ella es producida o en los que ella circula.

Acción siempre concreta, singular e incierta. De acuerdo con ello, este número de la revista aborda problemas que van desde la imagen artística más canónica en el marco de las instituciones museísticas más tradicionales de nuestro país, a la revisión del comportamiento que los usuarios de los *smartphone* hacen de sus aplicaciones digitales. La imagen se dice y se practica en muchos sentidos y, por ello, nuestra revista se propone abordarla en tal amplitud.

Nuestro autor invitado para este número es Ricardo Toledo. Él aborda el caso de Feliciano Vásquez Bernal, supuesta hija de Gregorio Vásquez de Arce. En su texto «La voz baja de Feliciano», Toledo revisa la doble institución del arte colombiano y su historia, husmeando en los rincones de lo dicho y lo callado, de lo exhibido y lo escondido, para dar luces sobre las formas de sometimiento de clase, de raza, de género y demás, que soterradas se cuelan en los discursos y las prácticas oficiales del arte. Al texto de Toledo le sigue el artículo de Nohora Carolina Piñeros Mayorga. En su texto titulado «Formas y riesgos de la representación de las víctimas de desaparición forzosa en Argentina» reflexiona sobre los peligros de la sobreexposición y la subexposición de esa población sensible —las víctimas—, en el marco de la fotografía de prensa argentina,

a propósito de las desapariciones acaecidas en la dictadura de Jorge Rafael Videla. Su revisión del doble peligro, de la invisibilidad y de la espectacularización, le permite a la autora aproximarse a escenarios históricos más recientes con el ánimo de hacer visible la supervivencia de ciertas figuras retóricas cercanas al estereotipo en el sonado caso de Santiago Maldonado en 2017. A continuación, encontramos el texto de Felipe Montes. En «Resistir a la imagen», Montes se propone establecer la especificidad del signo fotográfico para rastrear su carácter modelador de la verosimilitud de la imagen pictórica, más allá de la misma fotografía. Carácter modélico que ha imperado desde el Renacimiento. A partir de ello, el autor busca formas alternativas de la visión que sirvan para liberar a la pintura del influjo mimético del mecanismo fotográfico. Se opone entonces una forma corporal, orgánica, de la visión a una forma técnica de la mirada y con ello se «denuncia» el triunfo de la segunda sobre la primera. Seguidamente, Jorge Esteban Corredor aborda la forma de experiencia temporal que ofrecen dispositivos tecnológicos recientes como SnapChat. En «El retorno artificial de lo efímero: *live stories* y el deseo», Corredor da luces sobre la economía contemporánea del deseo en nuestras sociedades de la imagen digital. Para ello, repara en consideraciones

sobre la especificidad medial de las tecnologías digitales y las asocia al *ethos* actual de la aceleración e intensificación del deseo que le acompañan. Además, sus estrategias híbridas de mezcla de referentes teóricos, literarios y de la cultura popular, resultan ilustrativas de esa sensibilidad contemporánea que le interesa caracterizar. Finalmente, «Alegorías del silencio en Noche herida de Nicolás Rincón Gille (2017)» a cargo de Alberto Bejarano, nos ofrece un abordaje teórico rico sobre el documental cinematográfico como asunto estético. En la obra de Rincón Gille, Bejarano encuentra un conjunto de imágenes en las que los géneros del documental y la ficción se hibridan de maneras sugestivas. Además, según el autor del artículo, en esta obra el silencio y los tiempos muertos ofrecen una forma alternativa de representación fílmica de los efectos del conflicto y la violencia sobre sus víctimas.

Recorrido rico y diverso por la imagen y su teoría el que nos ofrece este nuevo número de la revista {Común-A}. Con ello buscamos alimentar la reflexión en torno a ese objeto cada vez más usual, pero no por ello trivial, como lo es la imagen.

Listado de referencias

- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Ciudad de México: Itaca.
- Benjamin, W. (2018). *Mickey Mouse*. Madrid: Casimiro.
- Fukuyama, F. (1988). *The end of history and the last man*. Nueva York: The Free Press.
- Žižek, S. (2018). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.